

R-1757 151B32

FR. GERUNDIO.

PERIÓDICO SATÍRICO

DE

Política y Costumbres.

SE SUSCRIBE EN MADRID: En el despacho de

la calle del Príncipe

PROVINCIA: Almería, D. Ramon Gonzalez;
 Alicante, Cataluña (D. Nicolas); Asturias, Don Matias;
 Ariza Rodriguez; Badajoz, vinda de Carrillo y sobrinos;
 Barcelona, Sauri; Barbastró, Latorre; Bilbao, Garcia;
 Burgos, Alvarado; Cadix, Hortal; Caceres, Hortal;
 y compañía; Ferrol, Sauri; Jaen, Sauri;
 D. Felix Maria O.; Lérida, Boix;
 Logroño, D. Domingo Ruiz; Lugo, Pujol y Masia; Leon,
 Paramio; Málaga, D. Luis Carreras; Mérida, y
 administrador de loterías; Mondoñedo, idem; Ormaiztegui,
 Novos; Oviedo, Lagoria; Palma, Casap; Pando, For-
 nandez; Sevilla, Hidalgo y compañía; Santander, Hiego;
 Salamanca, Moran; Toledo, administración de loterías;
 Valencia, Giménez. Y en las
 ADMINISTRACIONES DE CORREOS de los demás puntos del

TOMO VII.

TRIMESTRE DÉCIMO-CUARTO.

Octubre, Noviembre y Diciembre.

ericiones á los siete tomos de la segunda edición, que comprende la publicación de Leon y los cinco trimestres de Madrid hasta 1.º de octubre último en que varió de forma el periódico.

MADRID.—1840.

IMPRENTA DE MELLADO.

PRECIO DE SUSCRICION.

Reales.

Por un mes en Madrid.	10
Id. en las provincias franco de porte. . . .	14
Por tres meses en las provincias id.	40

SE SUSCRIBE EN MADRID: En el despacho de la calle del Príncipe, número 25.

PROVINCIAS: Almería, D. Ramon Gonzalez; Alicante, Carratalá (D. Nicolas); Astorga, Don Matias Arias Rodriguez; Badajoz, viuda de Carrillo y sobrinos; Barcelona, Sauri; Barbastro, Lafita; Bilbao, Garcia; Cuenca, Mariana; Coruña, Sotomayor; Cadiz, Hortal y compañía; Ferrol, Tajonera; Granada, Sanz; Jaen, D. Felix María Orozco; Jerez, Bueno; Lérida, Boix; Logroño, D. Domingo Ruiz; Lugo, Pujol y Masia; Leon, Paramio; Málaga, D. Luis Carreras; Mequinenza, administrador de loterías; Mondoñedo, idem; Orense, Gomez Novoa; Oviedo, Longoria; Palma, Guasp; Ronda, Fernandez; Sevilla, Hidalgo y compañía; Santander, Riesgo; Salamanca, Moran; Toledo, administracion de loterías; Valencia, Gimeno; Valladolid, Rodriguez. Y en las ADMINISTRACIONES DE CORREOS de los demas puntos del reino.

NOTA. En los mismos puntos se admiten suscripciones á los siete tomos de la segunda edicion, que comprende la publicacion de Leon y los cinco trimestres de Madrid hasta 1º de octubre último en que varió de forma el periódico.



FRAY GERUNDIO.

BUEN PRINCIPIO DE TRIMESTRE.

Si yo FR. GERUNDIO fuera hombre de creer en agüeros y cosas supersticiosas, ó de confiar en los fines por los síntomas que presentan los principios, ó si no estubiéramos en España donde no suelen guardar la mayor consonancia los principios y los fines, y donde no tiene lugar aquello de: *incepto opus est; cætera res ipsa se expediet*; prometeríamelas muy felices de la coincidencia de dar principio este trimestre con la descripción de la entrada triunfal del *pacificador de España* DUQUE DE LA VICTORIA en la capital de la monar-

quía. Sea como quiera, el principio es bueno, y no hay motivo para desconfiar de que no corresponda el fin, como no sea que ocurra uno de aquellos vice-versas que de tejas abajo no se pueden prever.

Era, como dije en la capíllada última, el aniversario séptimo de la muerte del *séptimo* FERNANDO, y la corte se vestía de luto el martes 29 último, día de la dedicación de San Miguel. Y á la hora en que hacía siete años anunciaban lúgubremente las campanas el fallecimiento del último Rey, que nos dejó por herencia siete años de guerra y calamidades, á aquella misma hora, que era entre dos y tres de la tarde, anunciaron aquellas mismas campanas con bullicioso repique y alegre voltéo la tan deseada como solemne entrada del ilustre caudillo que dió cima y cabo á la grande obra de la pacificación. El invicto Duque era una historia de siete años cuya primera página estaba escrita con tinta de muerte y cuya última hoja estaba grabada con caractéres de oro en campo azul.

Los preparativos que el cuerpo municipal tenía dispuestos para el recibimiento del héroe pacificador eran suntuosos, y en nada desmerecían de las ceremonias solemnes con que en Grecia y Roma se celebraban las entradas triunfales de los generales victoriosos. Y ocúrreme ahora que los señores romanos, tan ilustrados como nos los pintan las leyendas, también tenían sus puntas de tonuelos en algunas cosas, y perdónenme las malas ausencias, pues simpleza y no pequeña me parece,

á mi Fr. GERUNDIO, el capricho de conceder solamente los honores de *triunfo* por victorias conseguidas en las guerras con estrangeros, y jamas por las alcanzadas en una guerra civil. Tambien los romanos eran gente que daba materia para capilladas.

El primero que se mostró dispuesto á dar realce á la funcion del dia fue el sol, y eso que ni el ayuntamiento le habia pasado invitacion alguna ni sonaba para nada en el programa. Bien fuese que el hermano Febo tubiese mas gusto en la entrada del duque que el Ateneo científico y literario, que segun dicen habia venido á términos de no congeniar demasiado, en lo general, con *estas cosas*; bien fuese que le remordiera ya la conciencia (si es que el sol tiene conciencia) de los malos ratos que habia dado al ilustre guerrero, pues apenas durante la guerra dió accion en que no tubiera que luchar con los elementos tanto como con los enemigos, y le pareciera ya de razon y de justicia enmendar un dia tantos desaguizados como le habia hecho; ó bien fuese que al Duque haya dado en favorecerle la fortuna asi en la tierra como en el cielo. Ello es que amaneció un dia hermosísimo de ctoño.

Desde muy temprano habia salido á recibirle hasta Canillejas un batallon octósilavo de la milicia, es decir, un batallon compuesto de una companía de cada uno de los ocho batallones sacadas á la suerte, con su correspondiente caballeria y artilleria de la misma. Salió igualmente á encontrarle una comision del ayuntamiento. Los demas cuer-

:

pos de la milicia y ejército se hallaban formados desde la venta del Espiritu-Santo hasta la plaza de la Constitucion, y los balcones de las casas vistosa y esmeradamente colgados.

Todo el mundo se preparó aquella mañana con arreglo á su clase para salir á presenciar la solemne entrada. Pero quien mas trabajó indudablemente fue la clase de barberos, á quienes ni manos ni tiempo alcanzaban para mondar tantos rostros como procuraban salir limpios, tersos, y si posible les fuese, bruñidos. Sin embargo segun despues tube ocasion de notar, los mas perfectamente afeitados eran los jovellanistas; bien es verdad que estos lo estaban á dos aguas. Preferencias de los barberos.

Las calles que habian estado zanjadas y desempedradas por temor de alguna invasion hostil, que yo no temí nunca, habian sido restituidas á su prístino estado con la mayor brevedad: los empedradores habian trabajado *noctaque diuque*: yo los declararia beneméritos del *suelo* español. Y tambien se habia hecho quitar los andamios de las casas nuevas que se están construyendo en las calles de la carrera: el ayuntamiento había tratado de remover todos los obstáculos que pudieran impedir, embarazar ó deslucir la solemnidad de la entrada. Habíase regado el piso; y en el parque de Artillería y puerta de Alcalá ondeaban multitud de banderas sacadas *ad hoc* de la iglesia de Atocha. La inspeccion de Milicias destinada para alojamiento de S. E. se hallaba adornada con elegantes pabellones encarnados, y ademas entre bal-

con y balcon unos tarjetones trinos, es decir, formando cada uno un grupo de tres óvalos en que se leían los nombres de los pueblos en que han tenido lugar los hechos de armas mas gloriosos del ilustre Duque, entre todos 30. Era la fachada un *mapa-actionum*, ó sea un compendio histórico-geográfico-parietario de sus hazañas militares.

¡Poder de Dios y como estaba de gente la calle de Alcalá! Parecía que se habia repoblado Madrid, y que las piedras que habian estado alzadas se habian convertido en personas como en los tiempos de Deucalion y Pirra. Siendo como es la calle de Alcalá la mas ancha de todas las de Madrid, era estrecha para contener tal afluencia de gentes, amen de la que por las demas calles discurría y de la que se veía agrupada á los balcones. Aquel día estorbaban las casas. En todos los semblantes se notaba pintada una alegria natural que parecia que á todos les habia salido la cuenta. El luto de corte sin duda se habia trasladado á Valencia, porque yo no le vi por ninguna parte.

El ayuntamiento habia invitado á las corporaciones científicas, literarias y artísticas para que concurriesen por medio de comisiones á la puerta de Alcalá. Tocóle á mi reverencia formar parte de la comision del INSTITUTO ESPAÑOL. Ibamos diez. Yo no sé si los *Decemviro*s en Roma salieron alguna vez á recibir á los *triunfadores*. Llevábamos todos pendiente del cuello la medalla de oro del Instituto, de manera que algunos nos tenian por representantes de la cofradía de Animas ó de S. Antonio Abad, pero cuando alguno se acerca-

ba y leía la inscripción de : *Instrucción Beneficencia*, ya formaba otra idea de aquel Decemvirato, sin que por eso supiese su significación, porque en España se publican tan poco las cosas, que hay muchas y buenas sin saberse siquiera que las hay. Los franceses todo lo cacaréan; los españoles nos llamamos muy buenas cosas.

Formaban las comisiones dos largas filas, mucho mas largas por la interpolación, que tampoco constaba en el programa, de algunos pillos y mugerzuelas que se embutían entre filas en representación de sus propias personas, merced á la poca energía ó á las malas disposiciones de los que tenían el cuidado de ordenar aquello.

Después de un rato de espera llegó al fin el deseado de las gentes conducido en una elegante carretela, que la comisión del ayuntamiento le había ofrecido en la venta del Espíritu Santo, tirada por seis soberbios caballos engalanados con soberbios penachos blancos y azules, precedida de los maceros de villa á caballo vestidos con dalmáticas de terciopelo carmesí, y de los volantes ataviados de una manera tan vistosa como indefinible. Apenas pasó S. E. el arco, le arengó brevemente otra comisión del ayuntamiento á nombre del pueblo y las comisiones, á que contestó el triunfador con breves y satisfactorias palabras. Concluida esta ceremonia, empezaron los entusiasmados vivas, á que correspondía el héroe victoreado, puesto en pie en la carretela, con señales de gratitud, dejándose notar en su semblante la alegría mezclada con el enternecimiento. Las comisiones se

disolvieron, marchando cada uno á discrecion; el Duque y comitiva prosiguieron su carrera; los vivas continuaban resonando por todas partes, siendo los que mas jugaban, *viva la Constitucion, viva el Duque de la Victoria, viva la Independencia nacional*. A estos iba acostumbrado mi gerundiano timpano, hasta que oí resonar cerca de mí un nuevo *viva* que debió oirse en la plaza, como de alguna persona que se conocía haber apurado toda la fuerza de su pulmon. Fue este el de: *¡Viva el hermano Baldomero!* Lo cual me dió idea de que tenia cerca de mí á Tirabeque.

Eralo en efecto. Seguro es que ninguno de aquellos locos desgachados que en los primeros *triumfos* de la antigüedad se desgañitaban voceando en derredor de Baco aquello de: *io thriambe Bache*, de que quedó despues el *io triumphe* de los romanos, hasta venir á parar en los *vivas* nuestros, presentaba un aspecto tan descompuesto y desordenado como presentaba Tirabeque gritando *viva el hermano BALDOMERO*, no solo con la boca, sino con los brazos tambien, y con todo el cuerpo, como si todo su cuerpo se hubiese convertido en pulmon. Llevaba la chaqueta toda desgarrada de haber atropellado por entre las apiñadas masas, y el rostro le tenia mas encendido que el carmin de las dalmáticas de los maceros.—Señor, me dijo asi que me vió, ¿qué ha dicho el hermano Duque? ¿Cómo piensa arreglar esto? ¿Cuándo terminará la crisis? ¿Cómo dice que quedaremos? ¿Le ha preguntado á vd. por mí? ¿Habrá oido mis vivas?—No seas badulaque, le dije, déjame de

preguntas impertinentes, y vamos marchando, que no es ocasion ésta de contestar á necesidades.

Poco le duró el juicio y el silencio, puesto que al llegar al crucero del Prado y calle de Alcalá, principió á gritar otra vez: «hé, hermano Duque, hermano Duque; siga Su Excelencia el camino reíto, y por Dios no se tuerza á la derecha que esta ahí la fuente *Cibelis* cuyas aguas tienen la virtud de mudar á los hombres, y muchos he conocido yo que de fuera traian las mejores intenciones y pensamientos del mundo y en bebiendo las aguas de la *Cibelis* ó en diciendo que los mojan el pelo de la ropa, parece que se atontan y no aciertan á hacer cosa de provecho, como su excelencia se acordará que le he dicho en otra ocasion (1).»—Calla, majadero, le dije: ¿te parece que el hermano Duque es como aquellos hombres inexpertos que vienen á Madrid sin conocer la fatal propiedad de esas aguas, y las beben incautos, y con ellas se tragan las intrigas de corte de que salen impregnadas? El Duque, Pelegrinmio, trae ya sobrado conocimiento de lo que es la corte y de lo que son sus aguas; y aunque haya de estar alojado en esa casa, que es la mas próxima á la Cibeles, no pienses tú que le han de embriagar sus vapores. Y dejémos por ahora estos diálogos, y acelerémos el paso, no sea que se nos adelante la brillante comitiva.

Asi seguimos hasta la Puerta del Sol, oyendo siempre los vivas de la inmensa muchedumbre al vencedor ilustre; vivas y demostraciones que se

(1) Capillada 178, página 380.

conocían hijas del corazón; vivas y demostraciones de que habrá pocos ejemplares en la historia del mundo, y que por lo mismo obligan mas y mas al obsequiado caudillo á corresponder por su parte al aprecio de este pueblo entusiasmado, y á hacer sacrificios, si mas puede hacer todavía, por él. Allí (en la Puerta del Sol), habia dispuesto el Ayuntamiento erigir una columna en que se simbolizáran las glorias civiles y militares del Duque, pero que por la premura del tiempo no habia sido posible concluirla. Estaba por consiguiente en caparazon. Figuraba el maderaje de la armadura una altísima torre, que descollada sobre las altas casas de aquel recinto á manera del *sicut inter virgulta cupressus* de Virgilio; verdadera torre de Babel, tanto por la altura, que llevaba trazas de no parar hasta las nubes, como por lo intrincado del palotaje.

Señor, me decia Tirabeque, me alegro que no se haya concluido la torre ésta, y que la vea en este estado el hermano Duque.—¿Y por qué te alegras de eso, hombre? ¿Pues no estaria mejor y mas vistosa si estuviera acabada?—Mejor estaria, si señor, pero del modo que se encuentra ahora parece que le está diciendo al hermano BALDOMERO: «hermano, asi como me ves á mi de enredada y enlaberintada, asi encuentras los negocios de esta Babilonia; yo soy su torre; si quieres saber lo que tienes que trabajar, no tienes mas que mirarme á mi. ¿Ves esas escaleras que van dando vueltas hasta llegar á la cúspidis? Pues hermano, asi encontrarás aqui muchos que tratarán

de subir gateando á la cúspidis del poder.»—Eres incomprendible, Tirabeque: unas veces pareces el tipo de los legos sandios, y otras pareces una fuente de filosofía natural.—; Señor, señor! Mire vd. aquellos hombres que están trabajando allá arriba en lo mas alto del andamio. Hé, hermanos, ciudadanos de las alturas; cuidado con desvanecerse por Dios, y agarrarse bien por la Virgen, que si os dá un vahído de cabeza, y llegais á perder el equilibrio, os vais á estrellar miserablemente y me vais á dar un sentimiento. Mirad, hermanos, que cuanto mas alta está la persona, mayor es la caída que dá si se le llega á ir la cabeza.»

Como al propio tiempo pasára el distinguido guerrero, «calla, Pelegrin, le dije, que los que están arriba no te oyen, y vas á llamar la atención del Duque.—No le dé á vd. cuidado, mi amo, que por eso no se perderá nada.—No consiste en eso, Pelegrin, sino que el hermano Duque está cansado de saber eso mismo que tú voceas, y el repetírsele ó hacer de modo que lo oiga es una impertinencia escusada.—Señor, yo no se lo digo al hermano Duque, sino á aquellos operarios que me tienen con el alma en un hilo.—Bien, pues ahora vámonos aqui á la calle de Carretas á esperarle á su regreso, para verle otra vez.—Vaya vd., señor, que yo no quiero perderle de vista un minuto de tiempo.

Allá se fué por donde Dios le ayudó, y mi gerundiana persona conquistó un balcon de la calle de Carretas para verle de nuevo á la vuelta.

No me acordaba que S. E. tenia que ver el desfile de los cuerpos del ejército y milicia desde los balcones de la casa consistorial, conocida en Madrid con el innoble nombre de *casa de la Panadería*, y creí que el regreso sería mas pronto de lo que fue. Pero empezaron á pasar tropas por la Puerta del Sol, á pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, pasar tropas, señores, conozco que vds. se cansarán de ver pasar tropas, pero tengan vds. un poco de paciencia, que mas necesité yo para estar viéndolas pasar por mas de dos horas sin interrupcion (todas de las que habia ya en Madrid), que entre las infinitas pruebas de afectuoso recibimiento que en la corte se le han dado al hermano Duque, puede que no haya otra tan significativa como haber esperado tanto tiempo y con tanta resignacion en FR. GERUNDIO abrumado de negocios, solo por tener el gusto de verle segunda vez, y eso que tenia la satisfaccion de conocerle ya de hace tres años en Leon.

Cumplido aquél, regresé á mi humilde celdita, donde á poco entró Tirabeque: «vamos ¿qué has visto?—Señor, no siento mas que no saber manejar el pincel y el escoplo, ó esos instrumentos que manejan los pintores, para hacer ahora mismo el retrato del hermano BALDOMERO, por que le traigo metido aqui (y señalaba á la frente), aqui de cuerpo entero, señor; mire vd. si le habré mirado bien.—En efecto que deberás haberle mirado con atencion, pero no sé cómo pueda caberte de cuer-

po entero en esa cabeza tan pequeña.—Señor, y no solo traigo aqui al hermano Baldomero, sino que traigo tambien la casa de la *Panaderia*, y traigo la plaza entera aqui metida con tropas y todo, que pienso que traigo aqui lo menos 30 batallones y mas de 1500 caballos con que sé yo cuantas piezas de artillería.—¡Qué atrocidad de cabeza, hombre! Pero tambien verías su retrato que estaría mas arriba del de la REINA ISABEL, igualmente que el de la Reina Gobernadora, que parece está en ademán de alargár al Duque una corona de laurel.— Señor, yo no ví mas que al hermano BALDOMERO en carne humana, que es ahora el que llama la atención. Y ahora que vd. dice eso supongo yo que el retrato de la Reina niña sería uno que estaba debajo de un cortinaje encarnado.....—Bajo un dosel se dice, hombre.—Bajo un dosel, si señor; pero el de la Reina Gobernadora como no la oí nombrar á la tropa ni á la gente, ni siquiera me acordé de mirar á ver si estaba.—¡Válgate Dios por olvidos, Pelegrin! Pero ya que tan impresa traes en tu imaginacion su fisonomía, aqui tienes un lapiz; y aunque no seas un profesor, puedes probar si aciertas á copiar siquiera los principales trazos de su cara.—Traiga vd. á ver, señor: lo que es aqui bien retratado le tengo; en el papel no sé cómo saldrá.....—¡Jesus, Jesus! Déjalo, Pelegrin, que le desfiguras enteramente.—Señor, por mucho que yo le desfigure, crea vd. que algo mas le desfiguran los extranjeros.—Y con mas malicia que tú, eso sí.

¿Y qué te parecio de las tropas que desfilaron?

—Grandemente, señor; muy decentitas estaban todas.—Pues sábete que mucho se debe á los esfuerzos de la Junta, que en medio de las gravísimas atenciones á que ha tenido que subvenir....—¿Qué es suvenir, señor?—De las muchas atenciones que ha tenido que llenar, ó á que acudir, hombre: ha socorrido á varios cuerpos del ejército con pantalones, zapatos, y otras prendas de vestuario.—Ya lo sé, señor, pero á los *Tiradores* de nuestra tierra (entiéndase de *Castilla*), parece que no les ha tocado nada segun he oido decir á los soldados, que tambien se quejaban de mucho atraso en las pagas: ya ve vd., como somos paisanos, me cuentan ellos sus cosas los pobrecitos.—No sé como pueda ser eso, Pelegrin, porque la Junta ha tratado de socorrer á todos los que ha podido: esas serán cosas de soldados.

Por la noche encaminamos nuestro par de individualidades esclaustradas á oir la magnífica serenata vocal é instrumental que se tenia preparada al héroe; objeto de los festejos. Entramos en el Prado, que hallamos guarnecido en toda su longitud de arcos y guirnaldas de mirto y pino (á que despues se han añadido como unas cuatro mil flores). Mas al llegar á la fuente de Apolo, «señor! señor! exclamó todo asustado Tirabeque; señor, corramos, que hay fuego, y está ardiendo la casa del Duque; corramos, señor, y llenemos los sombreros de agua en el pilon de esta fuente, que algo podremos apagar: llenémoslos; mi amo, y corramos á salvar al hermano Duque.»

No pude menos, yo Fr. Gerundio, de echar-

me á reir á carcajada al ver la garrafal equivocacion de Tirabeque. Era la luz que despedian los muchísimos vasos de color que iluminaban la fachada de la Inspeccion, ó sea del ducal alojamiento, que á lo lejos semejaban para el que no estubiese prevenido una especie de incendio ó llamarada. Conocí á Tirabeque un poco avergonzado de su error cuando se penetró de lo que era en realidad. Tampoco habian podido concluirse los arcos dispuestos en el Prado, y en ellos estaban trabajando los operarios. Eran las diez y media de la noche, y la serenata no llevaba trazas de dar principio. El Prado y calle de Alcalá estaban llenos de gente desde las ocho. Dieron las once, y todavia la serenata no principiaba. El pueblo soberano cansado ya de esperar, ó se volvia disgustado á los domésticos lares, ó se sentaba humildemente en el suelo, aguardando con toda su soberanía á que los músicos dieran principio. Por fin á eso de las once y media ó cerca de las doce empezó la dichosa serenata, en que se cantó entre otros himnos el llamado de ESPARTERO. El Duque se dejó ver en uno de los balcones acompañado del hermano LINAGE y otros generales y gefes, donde fue saludado de nuevo con vivas y aclamaciones, á que correspondia ondeando un pañuelo blanco, símbolo de la paz que nos ha dado, y de la pureza que hasta la presente ha demostrado en sus intenciones, que quiera Dios conservarle sin participar de humedad alguna de la Cibele. Lo peor fue que aunque nos retiramos mucho antes de concluirse la serenata, ya mi pater-

nidad tubo que renunciar á la cena en atencion á tener que decir misa al dia siguiente. Al ver á Tirabeque embaular sin cuidado y sin escrúpulo, envidié la suerte de los legos.

El recibimiento pues hecho al ilustre Duque de la Victoria en la capital de España puede muy bien competir con los que á los mas célebres vencedores, y aun á los príncipes mas queridos se puedan haber hecho en los pueblos antiguos y modernos.

La vi y no la vi.

Tengo noticias de que se ejecutó ayer en la plaza de toros la funcion equestre, ó sea de circo olímpico, que estaba dispuesta en obsequio del ejército pacificador y de la Milicia nacional. Pero como era funcion de convite y un pobre fraile no toca pito para nada en el mundo, no es extraño que la comision del ayuntamiento no se acordára de esta insignificante persona, y de consiguiente no la pude ver. Pero sí la vi. Pero como no la vi por convite, no puedo hablar de ella. Pero como la vi por ingenio, bien pudiera hablar de ella. Pero como la ví de incógnito, no quiero que se sepa de público que la ví. Además que como no fui convidado podria la comision del ayun-

tamiento tomarme cuentas y preguntarme con qué autorizacion me habia introducido alli, y me pondria en un aprieto de que no podria salir mi paternidad con sus cortos y escasos alcances: pues aunque pudiera alegar que asistió todo vicho viviente que quiso, alto ó bajo ó de mediana estatura, á eso me dirá que es prueba de que tenia billete de convite por el ayuntamiento, ó bien que le tomaría de aquellos que vendian y con que andaban rogando á la entrada las mugeres y los muchachos al precio de cinco, diez, ó veinte, á lo cual nada tengo que responder.

Y como no puedo hablar de dicha funcion por no haberla visto como convidado, los hermanos suscritores de las provincias tendrán que quedarse sin saber lo que hubo en ella. De consiguiente se quedarán sin saber que asistió el DUQUE DE LA VICTORIA con el uniforme nuevo de general con charreteras. Se quedarán sin saber que los tendidos estaban cubiertos de tropa, sorteados á 20 por compañía de todos los cuerpos del ejército y milicia existentes en Madrid, lo cual hacia una visibilidad agradable. Se quedarán sin saber que de en cuarto en cuarto de hora prorrumpian en vivas á su idolatrado general, levantándose sucesivamente por tendidos como si se moviesen por resorte. Se quedarán sin saber que la funcion fue de lo mas adocenado que hacen en el circo, en lo cual el director Paul, como buen extranjero, se conoce que atendió mas á no perder entradas en sus funciones ordinarias ejecutando los juegos de mas habilidad y lucimiento delante de un concurso tan numeroso, que al obse-

quió que se merecía la presencia de un ilustre guerrero español. Se quedarán sin saber que para obsequiar al hombre que está hoy á *mayor altura* presentó al público al *enano* D. FRANCISQUITO, de tres cuartas escasas de estatura, vestido á semejanza de aquellos enanos que se encuentran entre los bronces de las ruinas de Herculano; creyendo sin duda que el DUQUE DE LA VICTORIA sería del mismo gusto que el emperador Domiciano que tenía el capricho de presentar en el anfiteatro enanos semejantes á D. FRANCISQUITO.

Y se quedarán en fin los suscritores á FR. GERUNDIO de las provincias sin saber otras muchas cosas que en la fiesta circense ocurrieron, solo porque no se sepa de público que FR. GERUNDIO estuvo allí como aquellos de quienes dice el evangelio que se encontraron en las bodas sin ser convidados, cosa muy mal vista entre gente decente.

Por la noche hubo funcion patriótica de teatro. Mediando las mismas razones que de la anterior, nada puedo decir de la *Comedia de circunstancias*, y eso que pudiera decir mucho, porque *tubo lances*.

EL HERMANO Y EL PADRE.

El hermano BARANDA ha tenido la dignacion de favorecer la celda gerundiana, ya se entenderá que con motivo de su capillada á *mi* y de mi capillada á *él*. Mas habiendo entrado en detenidas y amistosas esplicaciones, como no pueden menos de serlo las que median entre hermanos que de buena fé proceden, me manifestó que con respecto á la

parte ortográfica (que es la de menos importancia de su comunicacion), no estrañaría que hubiera venido tál como la trascribió mi paternidad, puesto que el cúmulo de negocios que sobre todos los individuos de la Junta pesan, no le permitió detenerse á revisar la copia del escribiente antes de firmarla: en efecto es distinta la letra de la carta de la de la firma. Manifestóme tambien no haber comprendido bien mi paternidad el sentido de las palabras que yo creia conminatorias, pues solo quiso decir que tubiera cuidado no me resbalára, porque podria muy bien equivocarme en mis juicios, y eso sería contra mí, que era el verdadero é intencional sentido del *romperme la cabeza*.

Y como me enterase con documentos auténticos de sus muchos é importantes servicios á la patria desde el año siete, mi paternidad sintió verdaderamente que una mala comprension hubiese hecho recaer la gerundiana crítica sobre una persona tan antiguamente benemérita, tan desprendida y desinteresada en sus servicios, y tan acreedora al aprecio público. El hermano sintió no haber conocido antes personalmente á FR. GERUNDIO y penetrádose de sus sanas intenciones con respecto á la Junta, y el Padre sintió no haber penetrado bien el pensamiento del hermano, con lo cual se hubiera ahorrado todo. El hermano y el padre se sorprendieron agradablemente de ver cuanto convenian jeneralmente en el modo de ver las cosas y aun las personas, sin diferir mas que en creer el uno de buena fé que eran convenientes ciertas suspensiones de las que habian motivado nuestras contestaciones, y creer el otro con la misma buena fé que ó no eran justas, ó al menos si lo eran, exigian la esplicacion de las causas; y con esto quedaron el hermano y el padre mas amigos de lo que uno y otro creian serlo, con mútua satisfaccion de entrambos. Y *laus Deo*.

Editor responsable, Francisco de S. Fuentes.

IMPRESA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.